

### **381. Madres responsables**

Cuando queremos hablar de los hijos dentro del plan familiar, ¿a quién damos la preferencia, al padre o a la madre? Digamos que en el plan de Dios uno y otra son imprescindibles. Hogar sin padre, es un problema; y hogar sin madre, es otro problema igual. Pero todos reconocemos que la madre juega en el hogar un papel determinante en la formación de los hijos. Se trata de esto: de la formación de los hijos. Y aquí las voces son unánimes. Sin quitar nada al papel importantísimo que juega el padre, todos pensamos que la madre desempeña una función mucho más directa y de mayores consecuencias. La madre es la formadora del corazón, y por eso también es enorme la responsabilidad que la madre tiene encima.

En un librito que cayó en mis manos leo lo que le ocurrió a un gran Santo, Arzobispo en nuestras tierras americanas, a San Antonio María Claret, Arzobispo de Santiago de Cuba. Pasaba el Santo Misionero por una ciudad donde se encontró con cuatro criminales condenados a muerte. Tres de ellos recibieron los Sacramentos y se disponían a morir en la paz de Dios. Uno, sin embargo, se resistía a todo porque no quería perdonar, y no perdonaba nada menos que a su madre. Gritaba furioso:

*- Yo perdono a todos, menos a mi madre. ¡A mi madre, no la perdono! Porque si ella me hubiera educado como debía, yo no me hallaría ahora aquí de esta manera.*

Todo lo terrible que queramos, pero así fue. Suerte que aquel criminal se encontró con un santo de la talla del Padre Claret, que consiguió ablandarle el corazón, de modo que al final también se rindió:

*- Aunque no se lo merece, también perdono a mi madre.*

Murió, como los otros tres condenados, reconciliado con Dios, pues se atuvo a la oración de Jesús:

*- Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos...*

Un hecho tan doloroso como éste nos hace reflexionar. Sí; hoy los jóvenes, y hasta los niños, son unos rebeldes. De mayores, vemos a muchos lanzarse por caminos torcidos y darse a la droga, a las relaciones amorosas libres... Ciertamente, que no podemos echar siempre la culpa a los papás, que han sido normalmente magníficos educadores. Pero, otras veces, no lo han sido, porque se han descuidado en sus obligaciones, sin medir las consecuencias de su abandono. En especial, hay que mirar a la madre, que es la gran formadora del corazón.

Tal como se desarrolla hoy la vida social, debemos decir que la formación de los hijos se está volviendo cada vez más difícil. Pero, por eso precisamente, los papás se dan cuenta de que su labor requiere más esmero. Que el día de mañana, no sea el hijo rebelde o la hija intolerable quienes señalen con el dedo y digan:

*- ¿Y qué ejemplo me disteis vosotros?...*

Hemos visto al principio la reacción de un hijo ante una madre descuidada. Quiero volver ahora la estampa al revés y contar un caso bien diferente. Conocí a la familia de aquel muchacho. Un muchacho excelente, que iba teniendo años y no había manera de que se hiciese de una novia. La mamá, algo ya preocupada, le preguntaba siempre con delicadeza:

*- Hijo mío, ¿cuándo te vas a decidir? Ya tienes veintiséis años...*

Y a la casa que no venía ninguna novia...

*- Hijo mío, que ya tienes veintiocho. ¿Cuándo te vas a casar?...*

Hasta que el muchacho contesta a su buena madre con energía muy cariñosa:

*- ¡Mamá, cuando encuentre una mujer igual que tú!...*

Un aplauso para el muchacho sensato; pero un aplauso mayor para una madre tan estupenda.

De aquí, la importancia de fundamentar la educación de los hijos en bases inmovibles, para que se mantengan firmes a pesar de todas las marejadas de la vida.

Como nosotros hablamos siempre en cristiano, ahora miramos precisamente los motivos que, a la luz de Dios, deberían ser el fundamento de la formación del niño y el joven.

Con ello, no despreciamos, ni mucho menos, los consejos que nos dan la psicología y la pedagogía, altamente recomendables.

\* Ante todo, empezar por *el temor santo de Dios*. Si no se mete en la cabeza del niño y del joven la convicción de que un día han de responder de sus acciones ante Dios, no conseguiremos nada.

\* Esto lleva consigo la formación en *la piedad*. Quien de pequeño no ha aprendido a rezar en las rodillas de la mamá, no rezará nunca. Y entonces, ¿qué lazo le unirá con Dios?...

\* Además de mirar primero a Dios, el niño debe mirar a *su propio corazón*, es decir, ha de formarse en sentimientos nobles, generosos, altruistas... Esto le llevará a tener conciencia de la dignidad personal, de modo que no admitirá una acción que le rebaje a sus propios ojos, igual que le impulsará a no hacer jamás un mal a otro.

Aquel criminal no perdonaba a su madre cuando se vio abocado a la muerte en el cadalso. Triste, muy triste... Todo lo contrario —y cuento otro caso— de aquel soldado en la última Guerra Mundial. Cae muerto en la estepa helada de Rusia, y, al ir a enterrarlo, aparece en su brazo un tatuaje que se había hecho en recuerdo del ser más querido, con esta leyenda: *No hay amor como el amor de madre*.

Madre que da la vida. Madre que educa. Madre que forma. ¡Bendita madre!...

Es bendita la madre que nos ha dado la vida en sus entrañas. Pero es más bendita por habernos formado hombres e hijos de Dios sobre sus rodillas, cuando ha modelado nuestro corazón..., como María, formadora del corazón de hombre que tuvo Jesús...